

## CAPITULO LXXV.

Resultados producidos por los tratados de Viena.—Reclamaciones de Inglaterra.—Apresto para nuevas guerras.—Alianza de Hannover.  
Venida á España del baron de Riperdá.

En el capítulo anterior hemos mencionado los malos resultados que para nuestra nación habían de tener los tratados firmados en España, y necesario nos es hacer constar que una de las mayores desventajas consistía en el general descontento de las naciones al tener conocimiento de ellos, pues representaban un desaire considerable y no dejaban de perjudicar sus intereses. El rey de Cerdeña, que lo que ambicionaba más era la posesión del reino de Milan, se vio limitado á tenerse que contentar con regir un estado que, más que otra cosa, le representaba cargas; los príncipes que gobernaban los fraccionados Estados de Italia temieron que el prestigio conseguido por el Austria les fuera contrario, y esperaron como inminente la opresión; el turco comprendió que, no tropezando el Emperador con ninguno de los obstáculos ó inconvenientes que ántes tenía, podría de nuevo continuar la campaña contra ella.

Francia é Inglaterra comprendieron lo poco que podrían conseguir de ruidosas manifestaciones, y disimularon su disgusto, esperando confiadamente que tal estado no podía ser de mucha duración, dados los elementos que lo habían constituido; y Holanda, fuera por las mismas causas, fuera por los grandes perjuicios que á su comercio se seguía, fué la primera en manifestar sus resentimientos, por lo que se hizo necesario enviar al Haya nuestro representante en Génova, marqués de San Felipe, con instrucciones para hacer presente á los Estados generales los buenos deseos que con respecto á aquella República animaban á nuestro soberano, y para asegurarnos que se interpondría con el Emperador para ultimar de la mejor manera los puntos que á su comercio perjudicaban en los tratados, entre los que se contaba el de la Compañía de Ostende y el comercio de las Indias Orientales.

Inglaterra se mostraba bastante quejosa y áun alarmada, pues como era mucho lo que se hablaba de lo contenido en las cláusulas de los tratados secretos celebrados entre España y Viena, creían los ministros ingleses que podían tener algún fundamento las alabanzas y jactancias del baron de Riperdá, que en público y sin reserva alguna se atrevía á decir que tenía tomadas sus medidas y que aquella nación se vería obligada á restituir á España las plazas de Gibraltar y Menorca.

Esto dió lugar á serias explicaciones entre el embajador inglés y los ministros de España, terciando alguna vez la Reina, que dió más de una inconveniente contestación. En vista de esto, Stanhope puso en conocimiento de su Gobierno cuanto se decía en España, no omitiendo hacer mención del lenguaje con que Riperdá se ocupaba de la Gran Bretaña y los propósitos que decía abrigar con respecto á aquel reino.

Precisamente una de las cosas que respecto á aquellos tratados se decía, era que estaba convenido y completamente acordado el restablecimiento del rey Jacobo en el trono de Inglaterra, y esto, como es consiguiente, había de inspirar recelos y producir alarmas.

Todo lo contrario de lo que hacía aquel improvisado negociador, que á su audacia más que á nada debía el puesto que ocupaba, realizaba el Emperador, que más político y más disimulado, cuando el embajador inglés le presentó la memoria en la que se hacía relación de los perjuicios que se seguían al comercio de su nación con motivo de los tratados firmados, manifestó que ninguno, absolutamente ningún inconveniente tenía en tratar de nuevo con España lo conducente á que desapareciera aquel daño, y al mismo tiempo, en prueba de ser cierto lo que decía, se mostró dispuesto á enviar á Hannover un embajador, á fin de que sobre esta cuestión se entendiera directamente con el rey de Inglaterra, que se encontraba en aquel punto.

Esto hubiera podido ciertamente tranquilizar al Gobierno de la Gran Bretaña, pero á tal resultado se oponían las constantes amenazas de Riperdá y sus baladronadas. Es histórico que más de una vez el loco de Riperdá, como le llama Macanaz en sus Memorias siempre que habla de él, llegó á decir: «Si Francia sostiene al rey Jorge sabemos cómo colocar al pretendiente en aquel trono.» Siempre que por incidencia ó contestando á cualquier pregunta directa que sobre Gibraltar se le hacía, contestaba: «No ignoramos que esta fortaleza es incontestable, pero tenemos tomadas medidas para obligar á Inglaterra á que nos la devuelva.» Hubo quien, más prudente al oír tales cosas, le hizo notar lo inoportuno de sus declaraciones, á lo que con sin igual descaro contestó: «Sé lo que digo y lo digo para que se pueda divulgar.» Esto bastará para hacer comprender que todos los esfuerzos y todo el disimulo del Emperador era vano y que nada podría conseguir á pesar de sus buenas palabras.

Intranquila Inglaterra, y queriendo estar preparada á todo evento, mandó equipar inmediatamente dos escuadras, una con destino al Mediterráneo y otra para las Indias Occidentales. Al recibirse en nuestro país las noticias de que se llevaban á cabo tales aprestos, no se omitió sacrificio ni diligencia alguna, sino que se mandó que con gran presteza se reforzaran los puntos de defensa de todo nuestro litoral y que se apresurara la terminación de los navíos que se estaban construyendo en los astilleros españoles.

Austria, por su parte, realizaba también grandes aprestos, y en tanto la influencia de Riperdá crecía, pues halagaba al rey D. Felipe, haciéndole creer que, dada la íntima alianza contratada entre

las dos naciones, podrían, sin inconveniente ninguno, imponer la ley á Europa, cosa que el Rey llegó á creer, y más y más se afirmó en tal creencia, cuando se supo que Rusia se mostraba dispuesta á prestarnos su apoyo.

Fácil era comprender, pues siempre había sucedido y natural es que en tales casos suceda, que las demás naciones no habían de ver con buenos ojos la alianza formada, y en la seguridad de que para ellas nada bueno podía resultar y que el peligro era común, se unieron, estrechándose los lazos entre Inglaterra y Francia, que eran las más comprometidas, y á ellas se unieron otros pequeños estados amenazados también, hasta que por último á ellas se unió Prusia, constituyendo lo que se llamó la alianza de Hannover, llamada á prevenir y precaver los resultados de la de Viena.

Cuando tan poco tiempo hacía que la Europa había sido desolada por una guerra general, tan contraria á los intereses particulares de cada nación, despues de tantos congresos y embajadores para ultimar tratados que terminaran de una vez todos los conflictos, y cuando más tranquilo parecía poderse estar, vemos de qué modo todas las naciones se pusieron en actitud expectante ante los temores de nuevas guerras y disturbios, que era lo que como inminente hacían temer los tratados firmados en Viena en 1725.

En tanto que las naciones enteras abrigaban tales temores y se aprestaban para lo que pudiera suceder, el negociador de los referidos tratados, que ambicionaba gozar de la gloria, que según él habían de proporcionarle, partió de la corte de Viena, dejando todos los asuntos encomendados al cuidado de su hijo mayor, que apenas contaba diez y nueve años, viniéndose á Madrid, donde, como cierta, esperaba la recompensa á que se había hecho acreedor por sus merecimientos.

Vano por demás, tan pronto como llegó á Barcelona, habló á los catalanes de su gran prestigio y valimiento con el Emperador, del gran ejército que por indicación suya había formado, de las facilidades con que podría en caso conveniente doblar el número de sus soldados y de lo dispuesto que por sus negociaciones lo dejaba para ayudar á España en caso necesario, á fin de que nos fuera devuelta la plaza de Gibraltar por los ingleses; á los cuales entonces daría por soberano al pretendiente Jacobo III, gozándose en añadir que de tal manera lo tenía todo dispuesto, que nada podría hacerse para conseguir avenencia ni conciliación en tanto él conservara su prestigio.

Despues de esto prosiguió su viaje para Madrid, adonde llegó el 11 de diciembre de 1726, y el mismo día, acabado de llegar, con el mismo traje que había traído en el camino, sin guardar la menor forma de etiqueta y convencido de que, dados los señalados servicios que había prestado al país, cualquier forma era buena y de cualquier modo que se presentara tenía derecho al general agradecimiento, se presentó á los reyes de España, sin pararse á saludar al marqués de Grimaldi, que salía cuando él entraba.

Campo-Raso, en sus *Memorias políticas y militares*, dice que Riperdá se presentó en traje de correo á los Reyes, prolongándose para buen espacio la conferencia que con ellos tuvo, y en la cual se le hicieron grandes elogios.

Tan famoso aventurero no se equivocó en cuanto pensaba; los Reyes lo acogieron con sin igual benevolencia y agasajo, manifestándole extremado agradecimiento por los tratados firmados en Viena. Poco despues, en pago de sus servicios, le fué concedida la secretaría de Estado en la parte relativa á los negocios extranjeros, que á la sazón desempeñaba Grimaldi. Se le dió habitación para él y su señora en el real palacio, con autorización para penetrar en las habitaciones del Rey á cualquier hora que quisiera, mandándose al propio tiempo á todos los secretarios que se le otorgaran todos los papeles que solicitara, y cada día fué creciendo más y más su importancia, llegando á tener tanta como un primer ministro, que era lo que desde un principio se había propuesto conseguir.

Verdaderamente sorprende y maravilla la extraña fascinación ejercida por Riperdá, y áun cuando pensábamos terminar este capítulo con algunas reflexiones sobre este particular, prescindimos de ellas para transcribir las siguientes frases que al mismo asunto dedica nuestro erudito y concienzudo historiador Lafuente, dice así:

«Creeríamos hacer un bien á la humanidad si pudiéramos transmitir á otros la desconfianza que, fundados en la experiencia y en la historia, hemos tenido siempre de los hombres jactanciosos y pródigos de promesas, dados á alucinar con pomposos y brillantes proyectos, que acaso en la embriaguez de su presunción llegan de buena fe á representarse fáciles, siendo ellos mismos los primeros ilusos y engañados; y esto así en los negocios comunes de la vida como en los que afectan los altos intereses de los Estados. La ligereza suele ser compañera inseparable de la arrogancia: comunmente viene pronto el desengaño, que es tan cruel como ha sido la confianza repentina y ciega; y como nada mortifica más al hombre que una gran burla hecha á su buena fe y á su credulidad, resulta que la caída de los grandes embaucadores lleva siempre consigo tanta odiosidad como fué el amor, y tanto desprecio como fué el aplauso.

«Ejemplo señalado de esto fué el famoso baron, despues duque de Riperdá.»



ENTREVISTA DEL BARON DE RIPERDÁ Y EL EMBAJADOR DE AUSTRIA.

## CAPITULO LXXVI.

Gobierno de Riperdá.—Su conducta y sus jactancias.—Resultados de ello.—Llegada á Madrid del embajador austriaco.  
Reclamaciones de éste.—Amenazas de Inglaterra y Holanda.

Hemos dicho en el capítulo anterior que poco á poco el aventurero holandés logró adquirir la importancia de un primer ministro, y efectivamente así fué. España entera se regocijó de lo que desde luego supuso ser un señalado triunfo, pues todos creyeron que su gobierno había de ser de muy provechosos resultados para los intereses generales del país, dado lo que había alcanzado en poco tiempo y en asuntos difíciles de por sí.

Como casi siempre acontece á los hombres que sin méritos llegan á puestos que nunca por su capacidad hubieran podido conseguir, el baron de Riperdá trató de deslumbrar á todos con pomposos proyectos de reformas, gracias á los que, según decía, iba España á salir del abatimiento en que se encontraba, motivado principalmente por la inutilidad é impericia de los ministros anteriores y por la envidia de las naciones que hasta entónces habían estado aliadas con la nuestra.

Tales propósitos en aquellas circunstancias hubieran podido realizarse por un hombre de verdadero genio, y el audaz baron era en este punto muy inferior al cardenal Alberoni, á quien se proponía imitar. Si despacio y con conocimiento de causa lo hubiera meditado, le hubiera sido muy fácil comprender que todos aquellos pomposos proyectos con que trataba de deslumbrar y hacer creer al Rey que pondría á nuestra nación en estado de dictar leyes á Europa, eran irrealizables.

Exhausto como desgraciadamente se hallaba el tesoro de recursos que se habían consumido en las guerras anteriormente sostenidas, explotadas al máximo todas las fuentes de riqueza, apenas si había para satisfacer las atenciones del momento; la servidumbre del Rey cobraba sus haberes con considerable retraso, el ejército estaba falto de vestuario, y no sólo era esto lo que disgustaba y mortificaba á Riperdá por no poder establecer sus reformas, sino que en tal estado no podía disponer de las cuantiosas sumas que le eran necesarias para satisfacer los compromisos que allá en Viena había contraído con los príncipes del imperio.

La situación en que esto le ponía era grave, pues de no poder atender á ellos fácil era que la farsa y las mentiras á que debía su encumbramiento se descubrieran, con lo que su posición llegaría á ser por demás difícil. Estando en esto, principió á hablarse en Madrid de la venida del embajador austriaco, y no fué poco lo que llamó la atención ver que, contra lo que todos esperaban, Riperdá se manifestaba inquieto y disgustado por aquellas noticias. Parecía que debía suceder todo lo contrario, pues á la llegada del representante del Emperador debían confirmarse todas aquellas cosas que, según nuestro ministro, estaban convenidas, y realizarse tan encantadoras ofertas.

En enero de 1726 llegaron á Madrid el conde de Königseg y su esposa, siendo recibidos en Madrid con inequívocas pruebas de afecto y entusiasmo, no acostumbradas con los embajadores. Riperdá que, como hemos dicho, se mostraba por demás preocupado, vió con disgusto la larga audiencia del austríaco con el Rey, y no se tardó mucho en comprender la fundada causa de aquel disgusto, pues desde luego principió á describirse la innoble farsa y las descaradas mentiras de que se había valido para llegar al puesto que ocupaba.

Los reyes de España, según nuestro negociador en Viena les había manifestado, estaban creídos de que era cosa acordada el matrimonio del infante D. Carlos con la archiduquesa de Austria, que el Emperador estaba dispuesto á ello, y que no tardaría mucho en celebrarse aquella unión, que más y más había de solidificar la alianza pactada. El conde de Königseg manifestó que nada de esto era cierto, y que si bien algo se había indicado en el curso de las negociaciones, no había sobre tal punto recaído acuerdo ninguno ni veía posibilidad de que sucediera tal cosa. Esto disgustó sobremanera al Monarca, y mucho más á la Reina, que, como sabemos, su más vehemente deseo era el de que se celebrara aquella unión.

Principiada á descubrirse la trama, siguió adelante, y del mismo modo que se había sabido no ser ciertas las noticias dadas acerca del deseado matrimonio, se supo que tampoco eran ni de tanta consideración ni tan inmediatos los aprestos militares que el Austria realizaba. Esto produjo grandes disgustos al improvisado ministro, que se le aumentaron con las continuas exigencias del embajador, exigencias por otra parte sumamente justas, para que satisficiera las crecidas sumas á que allá en Viena se había comprometido, como llevamos dicho.

Para salir de estos apuros y compromisos llevó á cabo unas descabelladas medidas, con las que tampoco pudo cubrir aquellas atenciones. En vez de todas aquellas reformas que pensaba plantear y que sin remedio habían de sacarnos del atraso y penuria en que nos hallábamos, arbitró una serie de medios vulgares, perjudiciales los más y ninguno provechoso para la nación. Suprimió empleos, quitó y disminuyó pensiones, pidió cuenta de los caudales que hubieran podido ser mal adquiridos, arrendó todas las rentas generales, tomó fondos del depósito de beneficencia, y aumentó el valor de la moneda.

Con todo esto, sin embargo, sacó muy escasamente para entrete-

ner las exigencias del embajador, pero hizolo á costa del general disgusto, incluso el de los Reyes y de la ruina de muchos particulares. Amontonando disculpas logró que el conde de Königseg le diera tregua hasta la llegada de los galeones que habían de venir de la India, mas sin que pudiera evitarlo, pues era irremediable, se iba corriendo el velo y poniéndose de manifiesto lo que en realidad eran las jactanciosas promesas del ministro.

Por grande que su disgusto fuera no perdía la confianza, y comprendiendo lo peligroso que había de ser para él el que se descubrieran las mentiras y farsas que había dado como verdades, procuró por todos los medios imaginables conservar el favor de los Reyes, muy especialmente el de la Reina, pues sabía que muy mal había de pasarle si ésta llegaba á descubrir que había abusado de su confianza. Es disculpable que lo consiguiera, pues todos se resistían á creer no fuera cierto lo que decía, y de que lo consiguió tenemos una evidente prueba en que le fué concedido el departamento de Marina, con lo que teniendo ya el de Guerra, Hacienda y Negocios Extranjeros era un verdadero ministro universal, quedando los demás despojados de todas las atribuciones que él conservaba para sí.

Infatuado con el gran favor de que gozaba y que de día en día veía aumentar, llegó á hacerse insolente hasta el punto de mostrar insultante desprecio para todos los que se oponían ó le censuraban, contestando con la siguiente frase, que atestigua, por más de un concepto, el poco valer de aquel hombre: «Nada me importa, contando con seis amigos que no me pueden faltar, Dios, la Virgen, el Emperador, la Emperatriz, el Rey y la Reina de España.» De su inconcebible audacia y necio orgullo dió una manifiesta prueba al P. Bermúdez, confesor del Rey, al cual, como le hiciera algunas prudentes indicaciones, contestó delante de varias personas: «Vos limitáos á dar la absolución á vuestro penitente cuando se confiese y no os metáis en otra cosa.»

Un poder tan de repente adquirido por persona que ningún mérito ni valor para ello tenía, poder sin más base que la farsa y la artificiosa intriga, no podía ser sólido ni durable. El enredo no podía durar mucho, los embrollos no podían tener consistencia, y lo que no era más que un fuego fatuo tenía que extinguirse, dejándonos sumidos de nuevo en la oscuridad, y demostrando al propio tiempo las inconveniencias en fiarse en lo que tan repentinamente brilla.

El rey D. Felipe, á quien forzosamente hay que conceder suficiente prudencia y tino, solía consultar frecuentemente sobre casos arduos y graves, así de conciencia como políticos, á los canónigos de Palermo, Plantanca y Caracholi, los cuales, por aquel tiempo, habían escrito un largo *Memorandum* analizando detalladamente y probando lo que en sí eran los tratados de Viena, descubriendo las condiciones de su autor, con lo que principieron á despertarse las sospechas del Monarca.

Riperdá, por su parte, comenzó á verse enredado y cogido en sus propios lazos á causa de sus muchas imprudencias é inculcables ligerezas.

Ya hemos hecho mención varias veces de los apuros en que de continuo le ponía el embajador austriaco, conde de Königseg, por las reclamaciones del pago de las cantidades á que se había comprometido, y gracias á las que, habían accedido á hacer las concesiones de las cuales, según él, tanto debíamos esperar. Del mismo modo que al volver de Viena había ponderado lo que allí en nuestro favor había hecho, en aquella corte hizo gala imprudentemente de nuestro brillante estado y de lo mucho de que disponía para atender á todas las necesidades y compromisos, por lo que al llegar á nuestro país el embajador austriaco, no fueron pocos los renuncios en que cogió al presuntuoso baron, desengañándose ántes que todos de la indigna farsa que había representado, al comparar lo que dijo con lo que realmente era.

Al mismo tiempo, los embajadores de Holanda é Inglaterra, Wandermeer y Stanhope, que no dejaban de acosarle y reclamarle contra el establecimiento de la Compañía de Ostende, principieron á desconfiar, y se extrañaron grandemente al notar las vacilaciones del ministro español y la manifiesta contradicción que existía entre sus declaraciones y las seguridades que por medio de su embajador había dado el Emperador en Hannover, por lo que amenazaban con tomar todas las medidas para asegurar sus intereses y evitar los perjuicios que al comercio de sus respectivas naciones irrogaban los tratados ajustados en Viena.

Sabía Riperdá que el Rey no quería en manera alguna disgustar á estas naciones, pues con ello se daría lugar á que fueran más las naciones adheridas á la alianza de Hannover, y como al propio tiempo notaba que decaía su influencia y aumentaba la del embajador alemán, cambió completamente de conducta, y con los embajadores de Holanda é Inglaterra empezó á usar un tono sumiso y humilde que contrastaba fuertemente con sus anteriores baladronadas, manifestando que tanto el Rey como el Emperador estaban dispuestos á ultimar todas aquellas diferencias, y llegando á hacer ofrecimientos que excedían con mucho á las pretensiones expuestas.



EL MARQUÉS DE LA PAZ ENTREGA AL MINISTRO EL DECRETO DE DESTITUCION.